

Una literatura que fija su mirada en la oscuridad

Fernando Iriarte M¹.
Escritor, novelista y cuentista



Fernando Iriarte.

De pronto había salido el sol. Cesó la llovizna sin anunciar que iba a retirarse y de un porrazo todo el mundo comenzó a sentir calor. La temperatura pasó del frío a medias al sol picante, tan mamón como la llovizna, un sol que realmente escuece y hace sudar, sobre todo si uno lleva un abrigo encima, como la chaqueta de paño que yo portaba.

Dupont, parisiense en el trópico, decidió invitarme a una cerveza helada, precisamente en la esquina de la Terraza Pasteur.

-De manera que aquí piensan que la novela negra es novela de negros...
-afirmó más que preguntó, mientras bebía con verdadero gusto.

-Bueno, algunos... -dije como por mediar.

-Muchos, tal vez. -insistió. El franchute era incisivo, amigo de levantar ampollas.

-Aunque es comprensible. -los negros llegaron esclavizados y la palabra negro les suena pésimo, a discriminación e insulto. Además, todo lo malo ¿por qué tiene que ser negro?

-No lo sé. Quizá porque la oscuridad nos da miedo y creemos que de allí puede venir cualquier cosa terrible. Pero no es el caso en este momento. Lo de decir novela negra o, más bien, cine negro, término que después se extendió a la novela, nos lo inventamos nosotros, en Francia. Y te juro que no pensábamos

en los negros o en las negritudes, sino en la oscuridad, en el miedo, en el pánico a la oscuridad.

Tras las cervezas, nuestro camino tomó el sentido inverso al que habíamos seguido por la mañana. En la carrera séptima se estaba desarrollando una manifestación secreta y silenciosa en la que los participantes no parecían muy coordinados. Vibraba en el aire cierta euforia: muchos jóvenes caminaban con rapidez en todas las direcciones. Era viernes y, por supuesto, a la mayoría le habían acabado de pagar la quincena. Atrás, en la Plaza de Toros, pronto comenzaría el concierto del Dr. Kraken.

-Esto que ves es apenas una cara, un esguince de la realidad. —dijo mi amigo.

-¿A qué te refieres?

-Hay por aquí bandas rondando —me informó Dupont—, de ladrones y distribuidores de droga, incluso de prostitución infantil...

-¿Cómo lo sabes?

-Los signos, los signos que se encadenan, amigo. ¿No has leído Los Crímenes de la Calle Morgue?

-Ya veo...

-En medio de la luz —continuó—, en medio de la más clara luminosidad, precisamente en los recodos donde ésta no llega, aparecen las sombras, la mismísima oscuridad, tú sabes. Y allí se oculta aquello que prefiere no dejarse ver.

-Como las hienas, por ejemplo. —apunté yo. —Todos los depredadores esperan la oscuridad para atacar. En la gran sabana, la noche es siempre terrorífica. Durante el día, el mismo escenario parece el paraíso.

-Cierto, cierto. —concedió el galo, echando a caminar a paso vivo tras de una pareja de extranjeros que voltearon a mirarlo y se sobresaltaron. Ellos, con evidente agilidad se escabulleron entre la multitud y poco después pudimos verlos subir a un taxi. Cuando pasaron a nuestro lado, miraban al frente como si nada.

-Son serbios —dijo Dupont—, venían en el mismo vuelo que yo la semana pasada. Conozco la lengua serbia y los escuché hablar muy confiados en que nadie los entendería. Son pequeños traficantes, vinieron por cocaína.

-Pareces oler estas cosas —dije yo.

-Es lo que hace la literatura negra —afirmó mi amigo. —Y te aclaro que no soy escritor ni pretendo serlo, soy más bien filósofo, la cuestión me interesa por razones de humanidad. Me fascina comprobar cada vez más que todos (las personas y la sociedad) en realidad somos dobles y hasta múltiples.

-¿Hay muchos mundos, pero todos están en este, como dijo Eluard?

-Sí. Y los mundos oscuros me estremecen —confesó Dupont—, me atraen pero me aterran.

-Eso significa que eres algo masoquista. ¿Acaso es también masoquista la novela negra?

➤ Dossier ➤

-No lo creo, pienso que se trata de algo diferente.

-¿De qué?

-De que hay que iluminar para observar lo que hay al otro lado. No olvides que, como dice Margaret Millar, *«más allá hay monstruos»*. Lo mejor es estar preparado. Caminas con mucha precaución si conoces aquello que te persigue. Aunque también podría confundirse con masoquismo, porque es como hurgar en la llaga, pero para no acostumbrarte a ella.

En la calle diecinueve decidimos subir a una de esas nuevas cafeterías que ahora abundan en Bogotá y que han enseñado a todo el mundo cómo se toma un buen café de verdad, diferente del nostálgico brebaje campesino demasiado dulce y aguado. Pedimos uno con arequipe, una variante mejor que el capuchino.

-También es cuestión de supervivencia y de estrategias para avanzar en el duro camino de la sociedad. —prosiguió Dupont.

-Explícate.

-Piensa en esta reflexión china, de Liu Shao, que vivió entre el 220 y el 265, en la época de los Tres Reinos; *«Ver mejor que los demás es perspicacia, y fijarse aún así en lo que hay de oscuro en medio de la clarividencia ya es inteligencia»*.

-¿Fueron entonces pueblos inteligentes los que inventaron la novela negra?

-Sin duda.

-¿Por qué entonces casi no gusta en Colombia, definida por muchos como un país de personas inteligentes?

-Porque hay numerosas personas así como tú dices, pero la sociedad en sí misma no es inteligente. Quizá no ha tenido tiempo. —propuso el francés.

-¿Es decir...?

-No ha surgido del todo una conciencia ciudadana, una idea de país y de sistema que respetar y preservar, una tradición de estabilidad y respetabilidad que pueda sentirse amenazada; por ejemplo, por la delincuencia. Según me he dado cuenta y tú mismo me has dicho, aquí opera algo así como la Ley de la Sordidez Urbana, donde el crimen y la muerte son pan común. Y eso también influye. A nadie lo estremece el tema si ocurre todos los días y es vox populi que hasta los «más grandes» se ven implicados.

-Precisamente, habría que hablar de eso. —tercié yo.

-Claro, pero no limitarse a exponerlo, a volver a contarlo. Eso sería una repetición de lo ya conocido y sólo podría interesar a unos pocos, muy pocos, los que no lo habían escuchado nunca.

-¿Es necesario pues entrar en explicaciones?

-No exageres. —sonrió mi amigo ya en las escaleras de salida de la cafetería. — Si la literatura se propone explicar o enseñar ya no es literatura, es panfleto. No. Me da la impresión de que lo que falta es hondura en la novela actual de este país. Hay que ser más penetrantes, jugarle menos a la frivolidad e irse a lo

profundo. Fíjate, este es uno de esos sitios del planeta donde la oscuridad puede haberse cerrado más y ser más nítidas las sombras, pero sus habitantes no son plenamente conscientes de ello.

-¿Hablas de hacer una literatura de denuncia?

-La denuncia es externa a la literatura. Si acaso, puede ser una consecuencia, como tantas otras posibles. Y es más externa si se trata de denuncia política. Lo que digo es que la capa superficial de la realidad, eso que llamamos realidad, es sólo la máscara. Lo que hay debajo es lo básico, lo que sí determina las cosas. Y de lo de abajo, lo que percibimos con menos certeza son las zonas oscuras. Pues bien, la literatura que me interesa es la que excava en esas zonas: la literatura negra.

-Pero toda literatura, si en verdad lo es, hace lo mismo.

-No estés tan seguro –aclaró Dupont, echando a caminar hacia la carrera tercera, en dirección de la estación Las Aguas de Transmilenio– La existencia posee muchas facetas, ésta es sólo una más. Pero debo decirte que en determinadas épocas, en determinados momentos, ésta de la que estamos hablando se hace imprescindible. Aunque siempre esté presente, vive períodos fundamentales.

-¿Cómo cuál, el tiempo actual? –Inquirí yo, molesto por la manera como se había alargado la conversación.

-Desde finales del siglo XIX comenzó a interesar la literatura negra, pero es claro que no vino a convertirse en un fenómeno de lectura masiva sino a partir de la segunda década del siglo XX, en los Estados Unidos y luego en Francia y el resto de Europa. En estos tiempos es ya una predilección mundial.

-La prueba de ello es que estamos tocando el tema precisamente aquí, en Latinoamérica, donde no pasaba de ser un asunto exótico, de unos cuantos lectores. Claro que no hemos terminado de asimilarla, todavía pensamos que es sub-literatura o algo semejante, y hasta nos confundimos imaginando que es literatura sobre negros o contra ellos...

-Si claro. –remató Dupont, antes de que le entrara uno de esos ataques de mutismo en que se sumía de vez en cuando y que anulaban cualquier posibilidad de charla– pero antes de que subamos al autobús te agregaré algo: no hay sub-literaturas. Como han dicho tantas personas antes que yo, hay buena o mala literatura, no hay literatura mayor y menor, los temas o los géneros no sirven para juzgar su valor.

Veinte minutos después, el bus articulado que nos transportaba al occidente de la ciudad penetró en la oscuridad. Cayó la noche casi de repente, como ocurre siempre al borde de la línea ecuatorial, tras un atardecer que no dura nada.

Como yo había previsto, Dupont no volvió a pronunciar palabra. 